

# ¿COMUNIDAD O COEXISTENCIA?

(Carta abierta a Alvaro Fernández Suárez)

Nuestro colaborador Rafael Gamba, envía la carta que reproducimos, con ruego de su publicación. Le complacemos.

Mi distinguido amigo:

He leído en el número de INDICE correspondiente a julio el extenso comentario que ha tenido la atención de dedicar a mi último libro «Eso que llaman Estado». Lo he meditado en la complejidad de sus aspectos, y confío haber sabido apreciarlo en toda su hondura y en toda su cordialidad.

Salta a la vista la enorme distancia ideológica y emocional que separa nuestras categorías mentales, la inspiración tan diferente que anima el comentario del libro y el libro comentado. También me parece clara la inadecuación, incluso la involuntaria injusticia, de algunas de sus interpretaciones a mis ideas expresadas en ese libro.

¿Qué es entonces lo que crea en mí una especie de comprensión muy íntima de sus puntos de vista, lo que incita en mí un impulso al diálogo? Esta interrogación se me hace más inquietante si considero hasta qué punto me resulta extraño el pensamiento de muchos de los que comparten conmigo una misma fe y el anhelo de lo que podríamos llamar una estructura comunitaria de la sociedad; en qué grado hielan éstos en mí cualquier deseo de diálogo, sea por que hablamos lenguajes diferentes, sea por la impresión que me causan de «saberse todo», de una vez para siempre.

ES POSIBLE QUE EN LA RESPUESTA a esta perplejidad se hallase una buena interpretación psicológica del drama en que se debate nuestra vida intelectual en los dos últimos siglos. Me ha ocurrido pensar que esa respuesta la ha dado usted, en un aspecto al menos, en su ensayo «La sombra de Caín», que publicó INDICE en el número anterior a éste, en que se ocupó de «Eso que llaman Estado». Se trata de un ensayo que leí con verdadero deleite. Probablemente no aceptaría yo las conclusiones a que va a parar, las que se insinúan en sus últimos párrafos y se dejan para un futuro trabajo. (Tal, por ejemplo, la escasa aptitud del español para vivir en un Estado laxo, de instituciones democráticas, y la tenaz vigencia, en el plano político, de aparatos ortopédicos; incapacidad aquella desmentida por mil años de pasado español transcurridos en la más laxa, en la más natural y estable convivencia política.)

Sin embargo, lo que en ese ensayo dice usted es, en su casi totalidad, verdad profunda y sagaz, fruto de una penetración psicológica muy aguzada. Me refiero aquí, sobre todo, a su observación de que el español, a pesar de tantas interpretaciones tenebristas, posee uno de los caracteres más claros y sencillos, menos siniestros u ocultistas, que existen en el mundo. Nada de arcano, de «iniciado» o de esotérico ha pervivido entre nosotros. Los españoles, en efecto, han sido siempre abiertos y concretos, amantes de la luz y de los perfiles definidos: no han habitado entre nosotros demonios ni brujas ni sectas; sólo, quizá, aquel diablo espiritual, fino y frío como el aire de la montaña que se expresa en esa íntima e irreductible dignidad del español que le lleva tantas veces a las situaciones límite, a ese «querer acabar de una vez, cuanto antes».

AQUI PODRIA ENCONTRARSE, tal vez, esa extraña coincidencia de espíritu entre mi libro y su crítica, a pesar de la enorme diferencia de actitud mental y categorial que entre ellos he reconocido. Quiero decir esto: la idea de un Estado neutro o de mera coexistencia civil puede ser comprendida por el partidario de una estructura comunitaria, religiosa, de la sociedad, como igualmente ésta puede resultar comprensible para el primero. Una y otra posición son —diríamos— soluciones universales orientadas a albergar a todos los hombres: sea en una comunión que ha sido y puede ser de todos, sea en una coexistencia que no excluya a nadie. La fe que inspira a una de las actitudes, y la razón que sostiene a la otra, son fuerzas radicales, y por lo mismo universales, abiertas, del espíritu humano. La Iglesia (y el Estado comunitario) fué hostil a las sectas y herejías ocultistas, como el Estado de Derecho lo era, por principio, a los partidos monopolizadores o a los grupos de presión.

Ahora bien, mezclándose y entrelazándose

se con estas posiciones claras y abiertas aunque antagónicas, fueron surgiendo los ocultismos demoníacos, los cenáculos de «iniciados», los poseos de la verdad y de la perfección exclusiva y excluyente. Para darles un nombre genérico (seguramente discutible) podríamos hablar de los *integrismos* dentro de la actitud comunitaria o religiosa, y de los *institucionismos* dentro de la neutralista o laicizadora.

Unos y otros coinciden en ser grupos mesiánicos, de «iniciados», que se consideran *sal terrae* en el primer caso, y *regeneradores* o *ilustrados* en el segundo; *iluminados* en ambos casos. Con unos y otros resulta imposible el diálogo, y cualquiera que viva en una posición abierta y humana se reconoce más lejos de ellos que de sus más radicales adversarios. Se hace impensable que ellos llegaran, con un imaginario triunfo, a constituir una «patria de todos los hombres», ya que la «secta de iniciados» no puede engendrar más que sanedrines de super-iniciados.

El espíritu español, como usted registra muy convincentemente, ha sido siempre hostil a estas formas de asociación restrictivas sobre bases ocultas o puritanas. Recordemos aquella pragmática de Juan II, a que alude Menéndez Pelayo, contra «fratrías y monipodios». Está por hacer una interpretación de la Inquisición española —o más bien de su extraordinaria popularidad en su época— como la expresión de un anhelo muy íntimo de claridad, de un horror colectivo hacia la magia, las brujas, los puritanismos de la fe, constituidos en grupos secesionistas, las «cosas raras». De los «iniciados» de la posición laicista hace Menéndez Pelayo una buena descripción al hablar de los krausistas y de la Institución Libre de Enseñanza: de aquí el nombre genérico de «institucionistas» con que los he simbolizado. Creo que alude usted a esta actitud al referirse a unos *antipodas* de mi posición ideológica que no son en absoluto abiertos a las ideas adversas.

ESTAS CONSIDERACIONES ME parecen que nos han acercado mucho a esas interpretaciones que, dentro de su crítica, he



calificado de «involuntariamente injustas», o, más exactamente, a las razones por las que no me han parecido justas.

Dice usted que los grandes hallazgos suelen lograrse mediante un cambio, a veces leve, del enfoque intelectual o del tempero emotivo. Verdad ésta muy profunda, psicológica, que le ha impulsado a veces a buscar en el tradicionalismo político (en el *carlismo*, como dice con expresión directa, esquemática) un ángulo de visión distinto, *ángulo agudo*, formado por líneas ideológicas y emocionales muy concretas y cercanas entre sí. Encuentra usted en mis páginas —y debo agradecerse— una expresión viva, coherente y sistematizada de eso que llama pensamiento carlista, pero éste sigue siendo para usted un *ángulo agudo de visión* engendrado por la idea de que la vida social no puede organizarse racionalmente, sino que se estructura en la historia por cierta espontaneidad natural profundamente conservadora. Y según usted, si esta idea se extrema pasa a convertirse en un utopismo no menos racional que hace

del tradicionalismo algo antinatural por preteritista y muerto.

Quizá el aspecto que más me afecte, desde un punto de vista personal, sea el dicho *ángulo agudo*, en razón de que pugna de un modo más violento con lo que creo mi modo de adhesión a eso que hemos llamado —para entendernos— *carlismo*. No pretendo disimular los motivos sentimentales, de fe o de lealtad que en otro tiempo me impulsaran a esa adhesión, pero debo reconocer otra fuente de motivos, no menos vigorosa y decisiva por paradójica que resulte, en mi dedicación a la filosofía. La desconfianza final en ideas y sistemas, la paralela visión de la inefable e inasequible naturaleza del individuo. Han provocado siempre en mí la repugnancia hacia cualquier forma de sistematización racional y centralista de la sociedad, o, más propiamente, de esas creaciones históricas, tan concretas e inefables como los individuos, que son los pueblos o naciones. Más aún: la actitud-fuerza última (al menos cronológicamente) ha sido para mí la asfixia de sistemas, de ideaciones personales, de *movimientos* de opinión, de *ángulos agudos* de visión que pretenden encerrar en sus esquemas, o *liberar* desde el apriorismo de sus categorías, el sagrado misterio de un pueblo viejo, de una comunidad milenaria. Y el anhelo de buscar una instancia superior, amplia y, sobre todo, común —de todos— que pueda albergar estable y cordialmente a este pueblo que llamamos España.

ESTOY CONFORME CON USTED en que un tradicionalismo rígido, absoluto, sería para el pueblo que lo mantuviera como actitud única, antivital e imposible, culturalmente al menos. Existen pueblos «de repetición», momificados en una permanente edad de piedra, en la reiteración ritual de unas mismas prácticas y costumbres. Creo, sin embargo, que la inamovilidad de estos pueblos no se debe a la existencia de esa fuerte estructura tradicional y costumbrista —que todos los pueblos han tenido y conservado en su fondo vital mientras han poseído cohesión estructural— sino a la falta de otro factor, difícil de precisar, que ha sido en los pueblos occidentales germen de superación y de progreso.

Dice usted que el tradicionalismo sólo puede ser vivo y fecundo cuando se da asociado con el liberalismo (entendiendo por ello un cierto grado de libertad social e individual que permita salirse del condicionamiento ritual hacia una sana adaptación a la historia cambiante). Demos, pues, a ese elemento deseablemente asociado el nombre de *espíritu occidental*, y quedemos conformes en este punto. Pero sin olvidar que ese germen de civilización progresiva es algo misterioso y gratuito, de lo que difícilmente se puede ser partidario, como difícilmente se puede ser adversario. Sin olvidar tampoco que la plataforma propiamente social desde la que aquel *quid* civilizador puede constructivamente actuar es ese complejo de costumbres e instituciones que hace y diferencia a un pueblo. Que no es por casualidad como las grandes culturas humanas se califican y determinan por su base religioso-comunitaria: la cultura cristiana, la musulmana, la budista, etc. De forma tal, que cuando esa estructura tradicional se resquebraja a favor de un individualismo racionalista, cuando las costumbres dejan de regir a las conductas y las instituciones de vincular a los hombres, cae la sociedad en una especie de trivialización mecánica, quizá más hostil al verdadero progreso humano que el puro estado de repetición mágico-ritual. (Pensemos en un ambiente universal de turistas *congé payé*, o en los seres prefabricados del mundo feliz imaginado por Huxley.)

Debo reconocer el inteligente acierto con que ha seleccionado usted los párrafos-síntesis de mi pensamiento en este libro: aquél que se refiere a la flexible y cuasi-biológica estructura que conviene a las realidades humanas, individuales o políticas, y aquel otro en que sugiero la solución que, a mi juicio, podría tener la gran tragedia interna en que se debate nuestra colectividad nacional de dos siglos a esta parte. Mi entusiasmo, sin embargo, no puede extenderse a la interpretación que usted hace de esta segunda idea, aun dejando de lado las opiniones personales de cada uno.

HABLABA YO, EN EFECTO, de la posibilidad de que un gobierno fuerte, en la línea tradicional de nuestra colectividad histórica, restaurase entre nosotros la confianza en la justicia, como hicieron los Reyes Católicos, y renovara al hombre tradicional que hay en todo español. Y que «sólo este gobierno estaría en condiciones de ser tolerante y realizar una verdadera obra de selección humana. Los heterodoxos e innovadores —añadía yo— aparecerían ese día en número e importancia enormemente menores de lo que podría suponerse, porque más representan entre nosotros el desaliento y la disconformidad concreta que otra cosa cualquiera. Y, prácticamente, ninguna función les estaría vedada, porque



Últimos títulos de

Biblioteca Breve

Novela

NO SOY STILLER

de MAX FRISCH

519 páginas

125 pesetas

Ensayo

TEORIA DE LOS JUEGOS

de R. CAILLOIS

196 páginas

55 pesetas

En octubre aparecerán:

LAS AFUERAS

de L. GOYTISOLO-GAY

PRIMER PREMIO DE NOVELA  
BIBLIOTECA BREVE

ORTEGA Y GASSET

de J. FERRATER MORA

ETAPAS DE UNA FILOSOFIA  
ENSAYO

EDITORIAL SEIX BARRAL, S. L.  
PROVENZA, 219  
BARCELONA

la de definir actitudes nuevas y planear el porvenir no existiría ya como función de nadie.

Interpreta usted este párrafo como una «ensañación utópica», efusión sentimental volcada hacia el pasado, en la que se añora no sólo la obra de unos reyes justicieros, sino la resurrección de los propios Reyes Católicos. Pero omite usted una referencia a la ocasión o circunstancia en que ese párrafo está escrito, muy lejana por cierto a una ideación desconectada de la realidad. Esa ocasión es un comentario al Prólogo a la *Historia de España*, del señor Menéndez Pidal, en el que, como es sabido, se deplora por extenso la lucha de las dos mitades de España —la europeizadora y la tradicional— que, como los hijos de Edipo, se destruyen mutuamente en un pugilato eterno por no querer reinar juntos.

No es, pues, «trazando los soleados prados de un luminoso ideal» como yo escribí ese párrafo, sino enfrentándome con un hecho reconocido y descrito por el autor a quien comentaba. Este hecho incuestionable es la desgarradura interior que, desde los albores del siglo XIX, ha hecho oscilar a nuestra patria entre la situación de guerra civil o anarquía y aquella que usted llama, no sin razón, de *aparato ortopédico*.

La respuesta que daba yo a esta gran cuestión tenía dos partes: dónde no se encontraría la solución a este centenario drama; dónde, a mi juicio, se abrirían los cauces para conseguirla. No se encontraría la apetecida armonía de convivencia en la secularización de la vida social, en la laicización del orden político. Y ello en razón de un hecho que creo de fácil percepción. Expresémoslo de una forma ejemplificada, tangible: hoy mismo, el momento de descolgar el crucifijo en las escuelas públicas para iniciar una enseñanza neutra sería el comienzo de una nueva guerra civil, por la ofensa íntima, a menudo inconsciente, que ello inferiría, no a una mitad religiosa del país, sino a la casi totalidad de las conciencias, incluidas las de aquéllos que durante una época de su vida adoptan posturas laicistas, pero que en las grandes decisiones de su existencia —ante la educación de sus hijos, ante su muerte o la de los suyos— obran en cristiano y no saben hacerlo de otro modo. Podría, en cambio, reconstruirse esa perdida armonía cuando un gobierno estable, de posible aceptación general por representar la tradición común,

# LA INSEGURIDAD DEL INTELECTUAL

Me parece ver en bastantes intelectuales de nuestra época una inseguridad, una especie de desconfianza hacia sí mismos. Posiblemente se estén acobardando ya los hombres absolutamente seguros de sí mismos, al menos entre la raza de los intelectuales. Creo ver en ellos una actitud de desvalimiento y perplejidad cuya causa tal vez haya de buscarse en la misma honradez ética con que algunos abordan los grandes problemas. Frente a armas que se escapan de las manos, frente a persecuciones masivas, ordenadas en frío, y, sobre todo, frente a los derechos insatisfechos de que los pobres han adquirido conciencia, el intelectual está en «crisis». Sabe que debe hacer algo, que el neutralismo en este campo es tachado de superficial e inconsciente. El intelectual, entonces, se para. No continúa con tranquilidad su camino silbando una canción de viaje. Se vuelve a nuestros ojos un poco introvertido. Un hombre callado, incapaz de dar gritos, un hombre inseguro, difícil, lento.

Nuestro mundo no es peor ni mejor, seguramente, que los anteriores. Pero se puede afirmar que tiene planteada una problemática nueva, que en otro tiempo sólo existió en potencia.

Hace poco, cuando Camus —del que tanto hablamos, hasta casi demasiado, porque él es un hombre que seguramente sufre, y hay el peligro de hacer «oficial» su sufrimiento, y manosear y falsear éste y su ejemplaridad, hechos para que calladamente nos los vayamos diciendo por dentro nosotros mismos, con el mínimo de literatura y de bombo—, cuando Camus, digo, fué a Suecia a recoger el premio Nobel, se reunió con los jóvenes de aquel país, y habló con ellos. En un momento dado, un árabe planteó el problema de Argelia, increpando a Camus por el silencio que mantenía, desde hacía tiempo, sobre la cuestión. Lo más interesante, son las razones que dió Camus al joven árabe enardecido: «No quiero *encourager la haine* (atizar el odio). El terrorismo ha atacado a la población civil. Y me ha parecido imposible dar armas a los que tiraban bombas sobre una multitud entre la que podía encontrarse mi madre o los míos. Amo mucho la justicia. Pero defenderé a mi madre antes que a la justicia.» («Figaro Littéraire», 21-XII-57.



Este es el terreno movedizo en que nos movemos. ¡Qué lejos la posición heroica de la tragedia clásica! ¡Qué lejos el mito! La elección entre el honor y cualquier otra cosa era indudable en nuestras comedias del **Siglo de Oro**. Hoy puede existir la duda, y vemos que a veces la elección es diferente. La honradez ya no tiene un solo rostro. Evidentemente, la actitud de empezar a pensar de nuevo sobre muchas cosas, conduce al hombre a una comprensión mayor de los demás y de sus razones. Pero hace también que el hombre se acueste intranquilo, como el juez que desconfía de la justicia de sus Códigos. Llámese humanismo o solidaridad, llámese como se quiera, esta comprensión está hecha de respeto y aceptación. No es sólo una «politesse». Es también un amor. Pero es un amor que produce desasosiego y ata las manos, porque el hombre sabe entonces que los buenos son a veces malos, y los malos son a veces buenos. Y que el mundo no es una película del Oeste. Los temas de Greene nos muestran repetidas veces este campo oscuro en que la bondad y la maldad humanas se mezclan ardientemente, en una terrible sorpresa para nosotros, en una lucha misteriosa y escondida de cada hora y cada minuto.

Me temo que nos va a costar mucho llegar a ser hombres de acción. A éstos les molesta la duda. La acción es una línea recta, intransigente, ciega. Llevamos demasiadas horas de vuelo nocturno, hablando y escribiendo de nuestras conciencias, buscando salidas y «redenciones». Se puede decir que aún son pocas, pero no creo que se pueda decir que los intelectuales de nuestro mundo tienen el equipaje ligero, dispuesto para la acción. Por un lado, es una lástima. Por el otro, es hermoso pensar que un hombre vacila porque comprende a su enemigo. Incluso

cuando esta comprensión adquiere el aspecto de flaqueza y debilidad.

Se diría que cada vez hay menos gente que se crea en posesión de la verdad. Y ello coincide con una búsqueda apasionada de la verdad, y con un miedo de que lo que creemos que lo es resulte luego que no lo sea. Diríase que el hombre está solo y que —como sucede a veces con las recién madres— se le ha agudizado la sensibilidad, querría sentirse hijo de Alguien, aunque no siempre se atreva a llamarlo por su nombre. Dios está en el centro de muchas de nuestras obsesiones. Pero el catolicismo de campanario, de hombres elegidos por «real orden», éste se ha acabado. Bernanos, Greene están muy cerca de Camus, **porque todos se sienten culpables**. Unos creen en Cristo resucitado, el otro —cito más o menos sus palabras—, cree en Cristo sin resucitar. Pero todos miran a la Cruz. A mí, personalmente, me es más simpático Camus que Sartre, Greene que Papini, Faulkner que Huxley, porque aquéllos están «enfermos de inseguridad», y la buena salud en este campo me es profundamente antipática. (No me refiero a la fe, claro está, sino a su actitud moral y humana.)

Muchos escritores comunistas deberían saber que, a veces, la grandeza del occidental frente a ellos reside en su propia flaqueza de niño **cogido en falta**. En nuestro mundo feo y desigual aun hay gente descontenta de su propia organización, gente adogmática, descontenta de sí misma. Allí hay una «doctrina» que tapa todas y cada una de las resquebrajaduras.

En fin, no esquematizamos. A los jovencitos que de esta soledad en que el hombre se encuentra (inconfesada a ratos), de perro buscando amo, quieren hacer literatura y frivolarla, se les puede pedir humildad. La humildad es una cosa nueva de estos años, una cosa que entre los intelectuales no conocíamos. Cada día hay un nuevo intelectual humilde y, por así decirlo, «inseguro». No sé si por suerte o por desgracia, pero, desde luego, por honradez que vale la pena aceptar en serio y respetarla.

Francisco CASAMAJÓ

## Anuncie en Índice • La tarifa más cara de España

→ restaure entre nosotros la justicia y aquella red de instituciones corporativas que unen a los hombres por su modo de vivir y no por sus opiniones, que anulan la influencia de ideólogos y de partidos en el cuerpo social, a la vez que oponen una barrera al dirigismo estatal.

TOCAMOS AQUI EL PUNTO en que hace usted culminar su objeción. Tal designio crearía, en su opinión, una sociedad unánimista, vocada, por serlo, a la desvitalización y a la infecundidad. Confío que, llegados a este punto, me permitirá dirigirme estas tres preguntas escalonadas:

● La sociedad española del siglo XVI, unánime en la fe, corporativa en sus instituciones, respetuosa de un solo rey, ¿fué una sociedad infecunda, desvitalizada?

● El gobierno de Carlos III, turnante en dos partidos o tendencias de filosofía bien distinta, corporativo en su base social, unánime en su rey, ¿era una sociedad unánimista?

● En fin, la actual sociedad británica, en su persistente estructura institucional autonómica, en su unanimidad monárquica, ¿es una sociedad unánimista y desvitalizada?

Creo bastante claro, de una objetividad histórica suficiente como para esperar su asentimiento, que la existencia de una sociedad corporativa o institucional independiente de la opinión individual o de la influencia estatal y la general aceptación de un poder histórico permanente no constituye un unanimismo, sino las condiciones de un normal y estable funcionamiento del cuerpo social. Y también quizá que la comunidad en una fe —independiente hasta cierto punto de lo anterior— si bien constituye un unanimismo religioso, no engendra un principio desvitalizador o quietista, sino, antes bien, es la fuente de que emana el genio y el espíritu profundo de la comunidad. Es decir, que por bajo de ese principio comunitario caben todas las tensiones y los cambios de horizonte imaginables para suscitar y mantener el conflicto intelectual, y ello librándose de caer en el esteticismo o la frivolidad espiritual propios del hombre o del ambiente «sin principios».

TENGO LA ESPERANZA DE HABER respondido, implícitamente, a la *pregunta* clave que usted directamente me dirige: ¿pretende llegar a ese unanimismo y soste-

nerlo en virtud de un asentimiento espontáneo, o quiere imponerlo valiéndose de la fuerza coactiva del Estado? Pregunta que formula como consecuencia de su principio, según el cual «el ideal de una sociedad con una sola filosofía sería legítimo a condición de no tratar de imponerla».

Tal vez una distinción que siempre ha obrado latente en mi pensamiento aclare el profundo equívoco que yo descubro en esa pregunta. Existen dos planos en la vida política y espiritual de los pueblos, planos que pueden permanecer indiscernibles, compenetrados, en unas épocas, y que pueden disociarse por completo en otras. Otro tanto puede decirse de las posiciones personales que sobre ellos se adopte. Existen, ante todo, las condiciones normales o sanas de la vida política de los pueblos. Las repetiré en lo que creo constituye su quintaesencia: una estructura corporativa tradicional o espontáneamente caujada en instituciones sociales, independientes del poder público, diferenciadas, autosostenidas; el general acatamiento, sobre ellas, de un poder estable que representa —o puede representar— la tradición de todos, el conjunto de valores comunitarios —religiosos e históricos— que se identifican con el origen remoto de la nacionalidad y son fuente de emociones comunes. Esta estructura ha sido universal en la espontánea génesis de las culturas y de los pueblos, y parece la única capaz de mantener la cohesión cordial del organismo social, la libertad *engagée* de sus miembros, y la estable y laxa vigencia de un poder respetado.

Pero existe otro plano más profundo y espiritual en las sociedades, que es la comunión profunda en una misma fe, comunión que se encuentra en el origen de todos los pueblos e inspiró la génesis remota de aquellas instituciones y aquellos poderes cordiales.

Ambos planos, sin embargo, pueden históricamente disociarse. Más aún: es precisamente en su disociación inversa en los pueblos más expansivos del Occidente donde radica la gran tragedia de nuestra civilización. Me refiero a aquellos pueblos que mayor proyección han tenido en la génesis del Nuevo Mundo: los españoles y los anglosajones. En los pueblos españoles se perdió la estructura corporativa y monárquica de la sociedad por la irrupción súbita, artificial, de un constitucionalismo racionalista, pero se conservó durante mucho tiempo la comunión profunda de fe y de actitud vital y, con ella, la esperanza latente de res-

taurar un orden comunitario a la vez que el espíritu de protesta contra una estructura meramente estatal, de convivencia neutra. Los pueblos británicos, en cambio, perdieron primero la unidad religiosa y se secularizaron más tarde, pero conservaron la estructura corporativa o autonómica de la sociedad y el poder indiscutido de la monarquía. Realidades políticas estas que subsistieron allí debido a su eficacia tradicional y a circunstancias favorables, que no en sus bases espirituales y comunitarias, como esos grandes árboles huecos en su tronco que siguen en pie e incluso vivos, con una vida lateral, epidérmica, extrañamente rebrotada.

EN CORRESPONDENCIA CON ESTA duplicidad de planos y de posibles disociaciones, la posición implícita en mi libro es, asimismo, doble: en un primer plano es el anhelo de reedificar entre nosotros un orden corporativo y monárquico que normalice nuestra convivencia nacional y brinde a nuestros pueblos los inapreciables beneficios políticos de que han disfrutado los británicos en el último siglo: un clima en la sociedad de libertad y de eficacia institucional, unido a la estabilidad, a la tranquila visión del futuro. No se trata, pues, de ninguna ensoñación futurista, puesto que «nuestros competidores no tienen nada mejor que ofrecer» para salir del *impasse* ortopédico-bélico.

Restaurado ese orden —ese primer plano propiamente político— cabe esperar que la comunidad de fe y de actitud religiosa que los españoles han conservado —si existe todavía— reverdezca y adquiera condiciones sanas y fecundas de existencia. Cabe también que tal no suceda, ya que el *acae* cultural o humano es imprevisible. Aquí radica la segunda posición implícita en mi libro, correspondiente a aquel distinto y más profundo plano. Situémonos retrospectivamente en el ambiente político de Carlos III, cuando las primeras tendencias racionalistas, anticomunitarias, empezaban a hacerse sitio en la misma gobernación del país. Existía entonces sociedad corporativa y estabilidad de gobierno; podían, por lo mismo, operarse las ocultas tensiones y esas incorporaciones pacíficas que constituyen la vida de un régimen sano y arraigado. Creo firmemente que aquellas tendencias enciclopedistas en el gobierno hubieran encontrado normalmente la contrapartida de un nuevo movimiento religioso y tradicional que habría restablecido la *unidad* comunitaria en un plano más cultu comprensivo.

Esto no se operó porque circunstancias históricas desfavorables —el lamentable reinado de Carlos IV y, sobre todo, la invasión y guerra napoleónicas— truncaron el proceso en su normalidad funcional. Allí murió, en realidad, nuestra milenaria monarquía y todo el régimen corporativo de los españoles. La esperada reacción se expresó entonces en guerras civiles y no en pacífica tensión e integración de movimientos espirituales.

En el reinado de Carlos III a nadie se violentó —que yo sepa— en la evolución de sus tendencias religiosas y filosóficas, como la salud del organismo no violenta a los órganos para funcionar normalmente. No se enseñaba estatalmente el modo de pensar, como acontece en los totalitarismos y en las «democracias populares» que se dibujan hoy al término de este proceso. Tampoco en una futura situación comparable a la de aquel reinado se violentaría la conciencia de nadie, sino que podrían darse las tensiones y vacilaciones de aquella época; podría incluso producirse, en vez de la comunitaria integración, la pérdida de la comunión en una misma fe, y ello sin alterarse el orden político, como en Inglaterra. Mi posición en tal coyuntura estaría al servicio de una renovación religioso-cultural, que hiciese posible el mantenimiento, sobre bases más amplias, de la estructura comunitaria del país. Pienso que ambas posiciones —la política y la religioso-cultural— están relacionadas en un plano aun más profundo, pero creo haber aclarado su relativa independencia, incluso su separabilidad en los procesos históricos concretos y en las actitudes de los individuos.

EN FIN, AMIGO FERNANDEZ SUAREZ, veo que han ido saliendo a lo largo de esta carta, más extensa de lo que hubiera deseado, la coacción estatal, el unanimismo desvitalizador, las ensoñaciones utópicas, los ángulos agudos... Sobre todo ello he procurado con buena fe «deshacer los monstruos de la incomprensión y la injusticia», como dirían nuestros abuelos liberales. No sé si lo habré conseguido, pero para mí sólo quedan ya la claridad y el espíritu abierto —anti-ocultista—, la cordialidad, de que hablé al principio.

Con ese mismo espíritu y sincera estimación,

Rafael Gamba